

juntos por la justicia; los dos juzgados por el mismo tribunal, los dos sentenciados á la misma pena. Y sin embargo, ¡cuán diversa es en este instante la suerte de los dos criminales! El uno insulta á Cristo, el otro lo confiesa; el uno blasfema, el otro adora; el uno, por último, de lo alto de la cruz desciende á lo más profundo de los infiernos; el otro, del infame patíbulo vuela derecho á los alcázares del cielo. ¿Quién habrá que á tal espectáculo no sienta renacer la confianza, por manchada que esté su conciencia? ¿Quién habrá que con tal ejemplo no se sienta sobrecogido de saludable temor, por cerca que se halle de Jesús?

¡Hijos míos! Recordad lo que una vez dijo Jesucristo hablando del juicio final. En aquel día, de dos hombres que habrá en el mismo prado, ó yacerán en el mismo lecho, uno será salvo y el otro será reprobado; y de dos mujeres que se hallen trabajando en el mismo molino, una será escogida y otra será desechada. (MATT. XXIV, 40. LUC. XVII, 34.) Tal ha sucedido con los ladrones; tal sucederá con nosotros: temblad. . . y esperad. No te desalientes, oh mujer que trabajas con incesante faena en el molino del matrimonio, cargada de hijos, con una cruz pesada de sufrimientos y de angustias. No te desalientes, oh varón que sumergido mal de tu grado en el tráfigo mundanal, agobiado por los negocios y casi sin tiempo de pensar en tu eterna salud, das tú también continuas vueltas á la rueda de ingrato molino. ¡Quizá vosotros seréis los escogidos! Pero no te engrías, oh sacerdote que reposas en el lecho de la Iglesia, cerca de Jesucristo y bañándote diariamente en su sangre preciosa. No te envanezcas, oh doncella, que tranquila y paci-

fica cultivas á los pies del Salvador el ameno campo de la virginidad. El ladrón impenitente nos enseña con su triste fin, que aun al pie de la Cruz podemos hallar la condenación.

¡Amados Diocesanos! Permitid que os recuerde un pensamiento, que á fuerza de repetirse se ha vuelto trivial; pero que no lo era cuando en ocasión semejante á la nuestra, y bajo las bóvedas de la Basílica de Constantinopla, la profirió por primera vez el Crisóstomo,¹ que es quien me ha servido de guía en mis reflexiones sobre el Buen Ladrón. Notad que ni en la cruz olvida su antigua profesión de bandido, y que con su atrevida confesión y su humilde súplica roba con sin igual osadía el reino de los cielos. ¡Qué presencia de ánimo, qué desprecio del mundo, qué energía de espíritu! Por lo que á mí toca (dice el mismo Padre) no sólo admiro tan bellas cualidades, tan generosos sentimientos, sino que de veras envidio su suerte. Olvida sus horribles sufrimientos, mira con indiferencia su propio destino, para acordarse de su compañero, arrebatarlo al error y hacerlo que lo siga en su penitencia. Lo increpa, lo amonesta, lo exhorta, lo consuela. Apenas es discípulo, y ya se vuelve maestro; acaba de convertirse, y ya predica desde la cruz.

Sigamos su ejemplo, os diré una vez más. Sea que en punto de muerte nos toque el corazón nuestro Señor; sea que, como lo deseo, nos llame al buen camino desde este instante, no hagamos caso de los esfuerzos de Satanás para detenernos, ni nos arredre la obstinación de nuestros antiguos cómplices. Seamos valientes para con-

¹ Homilía 2 de Bono Latrone.
TOMO III.—41.

fesar á Jesucristo, así como lo hemos sido para ofenderle. Busquemosle donde quiera que se encuentre, y no nos desanime el verlo, como entonces, clavado en una cruz y despreciado del mundo. Allí, lo mismo que en un trono, es Rey de los cielos; allí, lo mismo que en su alcázar soberano, nos distribuirá sus dones, si tenemos cuidado de pedir primero, como Él nos enseñó y como hizo el Buen Ladrón en el Calvario, el reino de Dios ante todo.

¡Sí, Redentor mío! Yo te confieso verdadero Dios y verdadero Hombre. Yo también te ruego que te acuerdes de mí, hoy que ya gozas de tu reino, y lances una mirada de compasión sobre mi alma tan atribulada y cubierta de culpas. Lávala con tu sangre, y aunque no sea hoy, sino después de siglos de padecimientos y de penas, dignate introducirme en el celestial paraíso.

TERCERA PALABRA.

Cum vidisset ergo Jesus Matrem et discipulum stantem, quem diligebat, dicit Matri: Mulier, ecce Filius tuus. Deinde dicit discipulo: Ecce Mater tua.

Como viese Jesús á su Madre y al discípulo que amaba, dijo á su Madre: Mujer, ves ahí á tu hijo. Después dijo al discípulo: ves ahí á tu Madre.

JOAN. XIX, 26.

Entre la inmensa multitud que llena la cumbre, y la falda, y las cercanías del *Montecillo de los Ajusticiados*, ¿no descubrís un pequeño grupo, que se distingue de todos por su compostura, su tranquilidad, su silencio, su actitud de dolor y de resignación? Dirigid á él vuestras miradas. Una mujer de singular hermosura y al parecer de poco menos de cincuenta años, forma el centro de esa familia, en que notamos otra mujer ya anciana, y una joven de larga y undosa cabellera, y con traje más rico que sus compañeras; y un solo varón, gallardo mancebo

como de cuatro lustros de edad, y de aspecto venerable á pesar de su temprana juventud. Es la Virgen Madre, que no ha desamparado á su Hijo divino en aquel tremendo trance, y que está en pie no lejos de la cruz en que padece Aquel á quien adora como á Dios y ama como á fruto de sus entrañas. La acompaña María Cléofas, piadosa matrona, ligada á María con los vínculos de la sangre y madre de Apóstoles, y Magdalena, que desde la comida de Betania no se separa de aquella familia de santos. Juan (aunque por modestia no se nombra á sí mismo en su Evangelio) venciendo el natural temor que al principio se apoderó de los discípulos, ha seguido las huellas de aquellas mujeres, hoy más fuertes que robustísimos varones, y ha llegado hasta el pie del patíbulo en que agoniza el Maestro de quien con singular predilección es amado, *stabant juxta crucem Jesu, Mater ejus, et soror Matris eius, Maria Cleophe, et Maria Magdalene.*

Allí está María, con grande constancia y fortaleza, presenciando los tormentos de su Hijo y oyendo los de nuestros de los verdugos. Allí está, acercándose con el cuerpo á la cruz cuando le es permitido; pero con el alma enclavada al madero y sufriendo en él los mismos tormentos que el Redentor. Tres clavos, como nos indican los autores ascéticos, la tienen allí crucificada. El primero es la viva aprensión de lo que padece su Hijo sacratísimo, el segundo el grande amor que le tiene, como á Hijo y como á Dios; el tercero, el gran dolor que traspassa su alma al ver que por pecados ajenos padece un inocente. San Bernardo, tierno y afectuoso como pocos Padres de la Iglesia al hablar de María, pone en los labios de Nuestra santísima Señora dulces y cariñosas

palabras, que no puedo menos que repetiros. Fijemos los ojos en la Virgen sacrosanta y oigamos lo que dice interiormente, ya que prorrumpir en quejas no le es dado ahora, en medio de la turba desenfrenada.

“¿Quién me concederá morir por tí y contigo, Hijo dulcísimo? ¡Oh muerte! Si á él lo arrebatas, si en él ejerces tu terrible saña, no perdones á esta madre desolada, y con un mismo golpe abre á entrambos un solo sepulcro. Heridme á mí también ¡oh Judíos! hay terreno aún para otra cruz; levantadla, clavadme á ella; ni vuestra envidia ni vuestro furor pueden quedar satisfechos con el hijo tan sólo; habéis menester otra víctima, ved aquí á la madre, mezclad mi sangre con la suya.

“¡Hijo mío! Tú eres mi padre, tú mi madre al mismo tiempo, y mi esposo y mi todo, *tu mihi pater, tu mihi mater, tu mihi sponsus, tu mihi omnia eras.* ¿Qué haré huérfana y viuda, sin mi Hijo, sin mi Dios? ¡Oh! ¿Por qué no decretas que yo también parta contigo? ¿Quién podrá sustituirte? ¿Quién me consolará? ¿A quién volveré los ojos en las largas horas de soledad que aún me restan? Morir contigo es para mí la más dulce de las vidas; vivir sin tí, la más amarga de las muertes.”¹

Desde lo alto de la cruz mira Jesús á su afligida Madre, y se compadece de su desolación. Ya imploró el perdón de sus perseguidores: ya trocó al ladrón que era antes su enemigo, en su fiel discípulo y compañero de penas y de triunfos. Es tiempo que piense en aquella creatura privilegiada que escogió entre todas para ser su purísima madre; que ha padecido con él desde la cuna,

¹ S. Bernard. De Doloribus et Planctis Matris Christi.

y que ahora está sufriendo con él los tormentos y afrentas del patíbulo. Allá en las bodas de Caná bien pudo dirigirle, aunque obsequiándola al mismo tiempo, dulce reproche. En otra ocasión bien pudo exclamar con cierta dureza: ¿quién es mi padre, quiénes son mi madre y mis hermanos? El que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi padre, y mi madre, y mi hermano. (MAT. XII, 50.) Hoy ha llegado la hora suprema que no había venido al convertir el agua en vino. Ha llegado el momento de proclamar su filiación humana, así como ha dado pruebas de su filiación divina, y de probar igualmente su reverencia y su amor á la que es su madre según la carne.

Hay entre todos los discípulos uno que ama con singular amor. A los demás Apóstoles los llamó cuando, ya en edad madura, vivían en el mundo, rodeados de familia y consagrados á diversas faenas. A éste lo escogió desde su temprana juventud, con el alma sin mancha y el cuerpo virgen, y lo atrajo á sí de tal suerte que se le consagró todo entero y correspondió á sus favores. Él fué uno de los tres que presenciaron la resurrección de la hija de Jairo, la gloriosa Transfiguración, la agonía del huerto. Él fué el único que en la última Cena reclinó su cabeza sobre el pecho del Salvador y bebió de sus divinos labios secretos celestes que á ningún otro se dignó revelar. Él, después del prendimiento, siguió de lejos al herido Pastor, cuando todas las ovejas se dispersaban; él es el único que se ha acercado á la cruz en la hora del peligro y del sufrimiento. A este discípulo, que se distingue por su virginal pureza, y por su ardiente é intrépido amor, es al que escoge Jesús para dejarlo como

sustituto suyo propio al lado de la Madre desolada; y mirándola desde lo alto le dice con voz dolorida: ¡Mujer! De hoy en adelante ése es tu hijo, *Mulier ecce filius tuus*.

¡Oh cambio, oh triste cambio! exclamaré aquí con San Anselmo.¹ ¡Un hombre puro y corruptible en trueque de un Dios eterno é inmutable! ¡Un siervo en lugar del Hijo único de sus entrañas! Bien pudiera, dice San Vicente Ferrer,² bien pudiera contestar la tristísima Virgen: ¡qué consuelo me ofreces, Hijo incomparable, qué trueque tan desigual me propones! ¡Dar al Hijo del Creador por el hijo de un pescador; al Hijo de Dios por el hijo del Zebedeo! Ahora sí que ha tenido pleno cumplimiento la profecía de Simeón, que me anunció que agudísima espada de inefable dolor atravesaría mi alma de parte á parte. *Tuam ipsius animam doloris gladius pertransibit*.

¡Hijos míos! Permitid que interrumpa por breves instantes el curso de vuestros afectos, con algunas reflexiones que me parece conveniente dirigiros, no por vano alarde de intempestiva erudición, sino porque, ya que la ocasión se presenta, será provechoso daros la clave para resolver ciertos argumentos que, contra la Madre de Dios, hallaréis en los opúsculos heterodoxos que entre vosotros pululan. ¿Por qué (os preguntaréis ú os preguntarán) por qué no da el Señor á María, ni aun en este momento supremo, el dulce nombre de *Madre*? ¿Por qué la apostrofa con el dictado común y un sí es no es despreciativo de *mujer*? Iguales pre-

¹ De excell. B. M. V.

² Sermón del Viernes Santo

guntas hacen los Santos Padres y expositores, y todos ya con unas palabras, ya con otras, convienen en decir que por no acrecentar el dolor de la afligida Virgen omitió Jesucristo darle este glorioso dictado, que le habría traído á la memoria recuerdos de tiempos mejores, y le habría desgarrado el corazón. Así se expresa el Crisóstomo,¹ mientras San Epifanio² nos declara que fué para refutar de antemano herejías que ya en su tiempo predominaban. Razones semejantes aducen los Padres latinos, los Doctores y Teólogos modernos, y algunos se empeñan al comentar este y otros pasajes semejantes, no sólo en declarar por qué no la apellidó *madre*, sino en explicar los motivos por qué la llamó simplemente *mujer*. No toméis á mal que os observe que en el idioma en que escribió el Evangelista (como sucede á veces en alguna lengua moderna) la palabra *mujer* no indica desprecio, ni descortesía, ni indiferencia, sino antes bien respeto, reverencia y amor; y si razones más poderosas no hubieran obligado á San Jerónimo á dejar *mulier* en su versión latina, habría podido con igual ó mayor fidelidad traducir *domina*, ó poner alguna palabra que, como *señora* en nuestro idioma, indicara todo lo que *mujer* expresa en el original griego de San Juan. Cuando, pues, os digan que Jesucristo menospreciaba á su Madre santísima, negadlo, negadlo absolutamente; que semejante suposición proviene de ignorancia. ¡Menospreciarla cuando la honra desde la cruz! ¡Menospreciarla cuando en sus últimos momentos se acuerda de ella, y al mismo tiempo que le

¹ Hom. 84 in Joan.

² Adv. hæres. t. 2. l. 3. h. 78.

deja como hijo en sustitución suya propia al discípulo que más amaba, y la constituye á ella misma madre y protectora del género humano!

Volviéndose á Juan le dice: ves ahí á tu Madre. *Deinde dicit discipulo: ecce Mater tua.* ¡Afortunado Apóstol! ¡Qué madre tan gloriosa te ha donado este día tu Divino Maestro! Bendice los pasos que te llevaron al Calvario para volver de allí el más afortunado de los nacidos. Desde el principio estuvo el Eterno complaciéndose en la creatura que iba á formar, más bella que todas, más santa que todas, perfecta cual ninguna. Concebida sin mancha y llena de gracia desde el principio, cada instante se ha ido perfeccionando más y más obra tan bella, de suerte que no fuese indigna de llevar en su seno al Dios tres veces santo. Esta creatura, superior á todos los Patriarcas y Profetas y bienaventurados, más pura que los ángeles y los arcángeles, que los querubines y serafines, que los tronos y las dominaciones, es la que desde este instante te ama como madre, te cuida como madre, te ampara y protegerá siempre con maternal afecto. ¡Afortunado Apóstol! ¿Quién no te envidiará?

No lo envidiemos nosotros, Hijos míos. No sólo al Evangelista Juan, sino á todos los discípulos de Cristo, á todos los hijos de la Iglesia Católica dijo Jesús en la persona de aquel: *Esta es vuestra madre.* No lo olvidéis jamás, católicos oyentes. Así como San Juan desde aquella hora condujo á su casa á la Virgen santísima y la consideró como de su propia familia, *ex illa hora accipit eam discipulus in sua*, así vosotros habéis de amar á María como á vuestra madre, y defenderla y adorarla, y honrarla como á la Madre que os legó Jesucristo. Hasta

aquí nuestra patria se ha distinguido por su especial amor hacia María. No vayáis á naufragar en el puerto, olvidando los amorosos sentimientos que hacia ella se os inspiraron desde la cuna, dando oídos á extraños seductores que la menosprecian y la escarnecen so pretexto de honrar á Jesús á quien no conocen. Ese Jesús, Dios y Redentor Nuestro, nos la ha dado por madre en el Calvario. ¿Quién habrá que deseche tan precioso regalo? ¿Quién habrá que desprecie tamaño presente? ¡Católica México! Jamás olvides que María es tu madre: *ecce Mater tua.*

CUARTA PALABRA.

Deus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

MATTH. XXVII, 47.

Cuando acababan de crucificar á Jesús, os hice notar los ardientes rayos del sol del mediodía que hacían escocer sus heridas y aumentaban su dolor. La escena ha cambiado. El sol se ha ocultado, aunque apenas se halla en la mitad de su carrera, y una oscuridad densa, que apenas permite distinguir confusamente lo que más cerca tenemos, ha sucedido á la claridad que antes nos deslumbraba. ¿Qué fenómeno es este? Estamos en el plenilunio de Marzo, y sin ser profundos astrónomos podemos declarar desde luego que estas tinieblas intempestivas no son, ni pueden ser, naturales. No sólo cubren el pequeño Monte de los Ajusticiados, sino que se extienden á toda la ciudad, y á toda la Palestina, y al mundo entero. Allá en Egipto se encuentra actualmente el sabio miembro del Areópago de Atenas, el insigne Dionisio, y al observar la ocultación de los rayos solares, que nin-